



NUEVA YORK, HOY

El 11-S dejó una ciudad más solidaria pero menos sorpresiva, que recupera su vitalidad una década después, gracias a la crisis.

POR HERNÁN IGLESIAS ILLA
FOTOS: GAIL ALBERT HALABAN

EN AGOSTO DE 2003, un accidente en una planta generadora en Ohio dejó sin electricidad a los más de 13 millones de habitantes del área metropolitana de Nueva York. El corte llegó a las cuatro de la tarde de un caluroso jueves de verano y duró hasta la mañana siguiente. En aquellas horas de oscuridad, miles de oficinistas volvieron a sus casas caminando, porque los trenes habían dejado de funcionar; neoyorquinos espontáneos dirigieron el tránsito en las esquinas (y los conductores obedecieron); vecinos que no se conocían salieron con velas a la calle a comentar las noticias; los bares, a oscuras, vendieron barata la cerveza que no podían refrigerar.

A pesar de la penumbra, la ciudad pasó la noche en paz. No hubo saqueos ni carnavales de histeria colectiva: Nueva York se tomó el apagón de 2003 con un espíritu de comunión y sabia resignación muy distinto de la paranoia y la ferocidad que habían dominado el apagón anterior, en el verano de 1977. Sintiéndose ciega y desesperada, aquella Nueva York había amanecido con decenas de muertos, cientos de comercios saqueados y edificios incendiados y miles de detenidos.

¿Qué había cambiado en esos 25 años? Muchas cosas. La ciudad, por un lado, ya no era la misma: expuesta a la oscuridad, la Nueva York de los '70 –prácticamente quebrada, vaciada por el exilio a los suburbios y azotada por una ola de delincuencia– había elegido tratarse a sí misma como un campo de batalla. En una situación comparable →



(comparable pero no idéntica, porque las condiciones nunca son idénticas), la Nueva York de 2003, próspera, pacificada y orgullosa, eligió controlar sus peores impulsos y tratarse a sí misma como un jardín urbano, y no como un campo de batalla.

También hubo otro ingrediente. Este espíritu zen y colaborador probablemente habría tenido menos potencia si Al-Qaeda no hubiera clavado dos años antes, el 11 de septiembre de 2001, su penosa daga en el corazón simbólico de la ciudad. En los días posteriores al apagón, diversos comentaristas y expertos dijeron que esta nueva “responsabilidad cívica” de los neoyorquinos, su espíritu de “deber público”, había que agradecerlo, al menos en parte, al “residuo” de los atentados de 2001, que habían encendido en los vecinos una sensación de “vulnerabilidad colectiva” y los había llevado a elegir la cortesía a la bronca, la resignación a la protesta y la generosidad al saqueo. Los atentados, en su brutalidad, habían despertado en los neoyorquinos la sensación de hogar.

Vivo en Nueva York desde agosto de 2004. Cuando llegué, era bastante habitual leer en los diarios y las revistas que alguna nueva película, o una nueva novela, o una nueva obra de teatro, “encarnaba bien”, o mostraba bien, el estado de ánimo de la ciudad después de los ataques contra las Torres Gemelas. A mí me costaba entender aquellas reflexiones, porque no comprendía

La ciudad de 2001 sabía cuál era su enemigo y el resto del país le había mostrado su simpatía.

bien a qué se referían –eran bastante ambiguas, como si el nuevo espíritu de la ciudad estuviera sobreentendido– y porque yo no veía en la ciudad ningún estado de ánimo afectado por la herida tremenda de los ataques. Cuando llegué, me encontré con una ciudad refinada e inquieta, lujosa y revoltosa, internacional y barrial, difícil y magnífica. Es decir, una Nueva York parecida al retrato que había armado en mi cabeza antes de venir y que había construido con los recuerdos de los pocos días pasados como turista y los fragmentos de las decenas de series y películas (de *Taxi Driver* a *Tienes un email*, de *Hannah y sus hermanas* a *Los amos de la noche*) que había visto en mi vida.

Esa Nueva York que viví aquellos primeros meses, bastante solo y casi sin hablar con nadie, dando largas caminatas nocturnas por Manhattan mientras escuchaba a los Ramones y la banda de sonido de Hedwig and the Angry Inch en un destartalado reproductor de MP3 que parecía la versión soviética de los orondos iPods que veía a mi alrededor, aquella Nueva York bulliciosa y



excitante, generosa e impiadosa, siempre acelerada, casi siempre gritona, me parecía a mí una ciudad que había atravesado razonablemente bien la desgracia de los ataques. Así me sentía yo en Nueva York en 2004 y 2005: sus poetas y sus amantes hablaban de una puñalada dolorosa pero yo no podía conectarme con ella, porque me la había perdido cronológicamente (la había

vivido desde Buenos Aires, conmocionado y asustado, pero no especialmente conmovido por la ciudad de Nueva York) y porque sentía que jamás podría participar de ella: sentía que el espíritu post 9/11 era un secreto que compartían ocho o diez millones de personas, pero del que yo estaba excluido.

Además, estaba el boom. Entre 2003 y 2007, Estados Unidos en general y Nueva

York en particular vivieron una fiebre de crecimiento (un poco genuino y un poco alimentado por burbujas varias) que aceitó con dinero las cañerías sociales y económicas de la ciudad. Fueron años burbujeantes y quizás algo mentirosos, pero en los cuales todo el mundo parecía tener dinero y proyectos y gadgets nuevos. El precio de los departamentos (para rentar o comprar)

aumentaba todos los años, pero casi todo el mundo parecía tener dinero para pagarlo. Y si no lo tenía, lo pedía prestado: una de las cosas más sorprendentes para un latinoamericano que llegaba a Estados Unidos en aquellos años era abrir el buzón del correo y encontrar, casi todas las tardes, ofertas de tarjetas de crédito con un interés inicial de 0%. Repito y lo pongo en cursivas, →

Desde 2008, en parte gracias a la recesión, Nueva York recupera algo de su espíritu peleón y resistente y bohemio.

para darle el énfasis necesario: *cero por ciento*. Con burbujas así, es más fácil esconder el duelo y la tristeza.

Quienes mejor aprovecharon aquel boom, que tenía mucho de financiero y no tanto de economía real, fueron los empleados de los bancos de Wall Street y los fondos de inversión, cuyos ingresos realmente se multiplicaron al infinito. Empezó a hacerse más nítida entonces una tendencia que había empezado a dibujarse antes: Manhattan, el distrito más codiciado y rico de la ciudad, estaba dejando de tener zonas ricas y zonas pobres, áreas baratas y áreas caras, y estaba convirtiéndose en un único distrito inalcanzable para casi todo el mundo menos para aquellos con acceso al derrame financiero o alguna de sus industrias adyacentes. “Un patio de juegos para banqueros”, según una definición popular en aquella época. Los escritores y los artistas y los diseñadores y los músicos aceleraron entonces su mudanza a Brooklyn, donde encontraron refugio de los departamentos mínimos y las rentas exorbitantes de Manhattan. (Y desplazaron a su vez a los negros y puertorriqueños que llevaban treinta años allí.)

Quizás debí haber escrito estas últimas frases en primera persona, porque yo mismo participé de esta tendencia. Aterricé en Nueva York en el West Village, un barrio que siempre había sido coqueto pero que a partir de los '90 se había puesto de moda hasta el paroxismo. Lo vi cambiar con mis propios ojos. Bleecker Street, la calle de la esquina de mi casa, tapizada de tiendas de discos y boutiques pequeñas y sex shops para gays, está ahora cubierta de locales de Ralph Lauren y Marc Jacobs y restaurantes caros. Los edificios donde se filmaron *Sex and the City* y *Friends*, dos de las series de televisión que más hicieron por modernizar y rejuvenecer la imagen de Nueva York, estaban a menos de doscientos metros de mi casa. En aquel entorno, nos fue imposible, a mi mujer y a mí, seguir viviendo en Manhattan. A principios de 2006 se venció el contrato de →





alquiler de nuestro ínfimo departamento de treinta y pocos metros cuadrados sobre la calle Christopher. Pagábamos hasta ese momento unos 1.600 dólares por mes. Los dueños del edificio, para renovarnos, querían aumentar la renta a poco menos de 2.000 dólares. Le dijimos que no y nos lanzamos a la aventura de vivir en Brooklyn, donde no habíamos estado casi nunca (a pesar de estar a quince minutos del West Village) y donde llevamos cinco felices años en un de-

partamento el doble de grande, en una calle el doble de silenciosa y en un barrio el doble de agradable por un precio similar al que nos pedían en Manhattan.

Una semana al año, sin embargo, sí ha sido posible ver y sentir algo del espíritu post 9/11. Ha ocurrido a principios de septiembre, en los días anteriores al 11, y se ha visto sobre todo de noche, cuando el gobierno de la ciudad encendía dos haces de luz potentísimos en el lugar donde habían

estado las Torres Gemelas y los hacía trepar hacia el cielo, para mezclarse con las nubes y el infinito de la noche. Aquellos tubos de luz, que vi por primera vez desde la Promenade de Brooklyn Heights, no muy lejos de donde vivo ahora, me parecieron conmovedores entonces y cada año después. Me parecía que Nueva York, bajo el tótem de aquellos faros, adoptaba una atmósfera de duelo comunitario, respetuosa y sugerente, bajando la velocidad y recordándose a sí

misma. ¿De qué era el duelo? Quizás de la pérdida de la inocencia. El 11 de septiembre le dolió mucho a Nueva York por la destrucción y por la muerte, pero también por la sorpresa: los neoyorquinos creían que todo el mundo, o casi todo el mundo, tenía una opinión positiva sobre ella. Creían (o creíamos, porque ahora soy y me siento parte de su sopa colectiva de imaginarios y sensaciones) que todo el mundo quería venir a Nueva York, y que odiar a Nueva York –so-



bre todo a esta Nueva York, la que se había recuperado de la violencia y el pesimismo y el abandono— era imposible.

UNA MIRADA ÍNTIMA

Gail Albert Halaban vive en Nueva York, una ciudad que considera su sitio ideal porque puede sentirse en casa y de vacaciones al mismo tiempo. Ella no nació ahí (es de Washington), y quizá por eso siempre le ha llamado la atención que en Manhattan nunca se puede estar realmente aislado: “Te asomas a la ventana y es imposible no tener una relación con la gente que ves desde ella”. Justo ese fue el origen de la serie fotográfica que tiene como título *Out of my window NYC*, con la que explora la relación entre personas, vida íntima, edificios y paisaje urbano. Su producción más reciente (parte de la cual publicamos en esta edición) se expone en estos días en la Robert Mann Gallery de Nueva York.

La revista *New York* tiene una sección fija en la que todas las semanas hace las mismas 21 preguntas a algún neoyorquino destacado en algo. Muchos son actores o escritores, pero también hay médicos y cocineros y artistas plásticos. La decimotercera pregunta del cuestionario dice: “¿Qué prefieres? ¿El viejo Times Square o el nuevo Times Square?” El viejo Times Square (la pequeña Plaza en la triple esquina de Broadway, la Calle 42 y la Séptima Avenida) es, por supuesto, el Times Square de los años '70 y '80, el de los cines porno, los locales de videojuegos, las putas en los callejones y el comercio minorista de drogas: un reflejo de la Manhattan sórdida y nocturna, peligrosa e inquietante, asqueada y decadente de aquellos años. La “nueva” Times Square, en cambio, es la de la última década, la de las calles peatonales y las grandes jugueterías, el museo de cera, el Hard Rock Café y el brillo digital y enceguedor de los carteles publicitarios: un reflejo de la vida diurna y familiar, higiénica y consumista, sin delincuencia pero también sin sorpresas, de la Manhattan actual.

Leo la sección de las 21 preguntas casi todas las semanas desde hace años y siempre me fijo en qué Times Square prefieren los personajes de la ciudad. El actor John Turturro, por ejemplo, *(continúa en pág. 150)*



(viene de la pág. 143) respondió el año pasado: “El viejo Times Square. Era sucio, peligroso, barato y sexy, lleno de geniales personajes callejeros”. Oliver Sacks, médico y escritor, dijo algo más o menos parecido: “El viejo. El nuevo Times Square es esterilizado e irreal. El viejo tenía una realidad terrenal”. Brooke Shields, que nació y creció en Manhattan, eligió tomar la pregunta con algo más de humor: “Prefiero el nuevo, pero quizás deberían agregarle un poco del viejo”, dijo, y sugirió: “¿Qué tal si armamos un multicine gigantesco pero que también pasen películas porno y de kung-fu?”

Las respuestas que más me gustan son, como la del bloguero negro Ta-Nehisi Coates, las que se atreven a resistir la tentación por la nostalgia: “Echar de menos los días de alta inseguridad es un lujo que sólo se pueden dar aquellos que nunca han sido repetidamente golpeados en la cara”, contestó Coates, que escribe en la revista *The Atlantic*. Adam Gopnik, autor de varios libros y editor de *The New Yorker*, dio en 2009 una respuesta que reflejaba muy bien la ambigüedad con la que muchos neoyorquinos han vivido la evolución de su ciudad: “Hmmmmm... Si contesto que prefiero el nuevo, me convierto en un defensor de Disney. Y si digo la vieja, me convierto en un nostálgico de la desolación”, empezó Gopnik. “Entonces voy a decir esto: prefiero la Times Square del futuro, que será un poco menos brillante e impecable que la actual, pero todavía segura y amable”.

Si me preguntaran a mí, no sabría qué responder. Probablemente murmuraría algo incomprensible, torturándome a mí mismo para encontrar las palabras justas, y contestaría algo culposo y tibio, que en el fondo es cómo me siento. A mí, personalmente, siempre me han atraído la sordidez, los barrios bajos (Estación Constitución en Buenos

Aires; Plaza Garibaldi en México), los sobacos olorosos de las ciudades, sus personajes más indefensos e inesperados. He paseado por ellos, en noches de verano, fumando y escuchando música, intentando sentirme como el Henry Miller de *Trópico de Cáncer* y como otros *flaneurs* famosos. Esa parte de mí se muere de ganas de haber conocido el Times Square viscoso y polvoriento, ilegal y peligroso, de los años 80. Mi costado racional, en cambio, interesado en políticas públicas, también sabe que para Nueva York es mejor tener una Times Square como la actual, comercial, amigable y turística. Esa parte de mí, más aburrida, menos egoísta, más adulta, le respondería al periodista de *New York*, aun sin convencerse y tartamudeando aclaraciones y excepciones, que prefiero la Times Square del siglo XXI.

Uno de los titulares de prensa más famosos de la historia de Estados Unidos es el de una portada del *New York Post* en 1975: “Ford to City: Drop Dead”, decía el tabloide, o “Ford a la ciudad: muérete”. La ciudad de Nueva York, al borde de la quiebra financiera, le había pedido ayuda al presidente Gerald Ford, que se había negado. ¿Por qué se había negado? Porque Nueva York, en aquellos años, era bastante poco popular en Estados Unidos. No sólo Nueva York, sino las ciudades en general, que habían pasado de moda: lo novedoso y lo prestigioso en los 60 y los 70 era vivir en los suburbios. El comediante Johnny Carson, una de las personas más populares de Estados Unidos en aquellos años y que había mudado su *The Tonight Show* de Nueva York a Los Angeles, dedicaba muchos de sus chistes más crueles a su ex ciudad. “Aterrizó un grupo de marcianos esta mañana en el Central Park”, decía Carson, y después remataba: “Inmediatamente fueron asaltados por un grupo de ladrones”.

Después del apagón de 1977, que había confirmado a sus propios habitantes que Nueva York no se quería ni siquiera a sí misma, la situación tardó varios años en mejorar. En los 80, la imagen de la ciudad en la cultura popular era la de dos opuestos a punto de explotar. En *La hoguera de*

las vanidades, la novela de Tom Wolfe, un banquero de Park Avenue doblaba mal en una autopista, se perdía en el Bronx, atropellaba a un joven negro y arruinaba su vida. La sensación era que, en Nueva York, cualquier error se pagaba carísimo: una señal mal leída en una autopista era la única distancia entre el cielo de Manhattan y el infierno del Bronx. Hoy eso ya no es así: si el mismo Sherman McCoy (el personaje que después haría Tom Hanks en el cine) se perdiera en el Bronx, el mayor trastorno que debería aguantar serían el reggaetón y el hip-hop humeando desde los altavoces en las banquetas.

Jonathan Mahler es un periodista estadounidense que publicó hace unos años *The Bronx is Burning* (*El Bronx está en llamas*), un libro buenísimo sobre el verano de 1977 en Nueva York. El libro habla de política, de béisbol y, sobre todo, del apagón. ¿Cómo pudo pasarle algo así a Nueva York? En el prólogo, Mahler recuerda que, durante del apagón, Nueva York se había visto sacudida hasta sus cimientos, y que la reacción del resto de Estados Unidos había sido indiferente o antipática. En 2001, en cambio, “estaba la sensación de que nuestras torres más altas habían sido derribadas pero que nuestros escombros estaban más firmes que nunca”. Me gusta ese contraste: la ciudad de 2001 sabía cuál era su enemigo, aunque no pudiera localizarlo (Osama bin Laden), y el resto del país había mostrado su simpatía.

Uno de los mejores artículos que leí en todos estos años sobre la evolución en el alma y el cuerpo de la ciudad lo escribió Adam Gopnik en una edición de *The New Yorker* en 2007. Como en la pregunta sobre Times Square, Gopnik mostraba en aquel texto su genuina ambivalencia sobre la nueva Nueva York del siglo XXI. Admitía que el paso del horror ochentoso a la higiene actual era una de las “mayores, y más inesperadas, transformaciones cívicas en la historia de Estados Unidos”, pero también se preguntaba, haciéndose eco de las preocupaciones de muchos otros, si Nueva York no había pagado un precio demasiado alto por su recuperación: el precio de su identidad. Gop-

nik decía que Nueva York era ahora más segura y más rica, “pero menos parecida a sí misma”. Y agregaba: “Casi como una vieja amante que se ha sometido a una cirugía plástica y ha terminado pareciéndose a nadie en particular. Han desaparecido las arrugas, pero también la cara”.

Algunos años más tarde, releo aquel texto y recuerdo mis sensaciones, que ya no son las mismas. Aquella paranoia de los que amaban la Nueva York de toda la vida –en palabras de Gopnik: “mezclada, olorosa, vanguardista, con espíritu de clase media”– desapareció bajo los escombros de la crisis financiera, que le dio a la ciu-

dad problemas mucho más urgentes de los que preocuparse. En su artículo, Gopnik se quejaba de que cada semana “cierra otra librería, otro teatro se transforma en un edificio de departamentos, otro lugar con alma se transforma en un espacio cerrado”. Admitía que “son cosas pequeñas, pero son precisamente las cosas pequeñas de las que se cuelga el alma de una ciudad”. Y sin embargo, desde 2008, en parte gracias a la recesión y a la falta de dinero y la ausencia de proyectos estrambóticos, Nueva York ha recuperado algo de su espíritu peleón y resistente y bohemio. La apertura y el cierre de restaurantes ya no

son tan rápidos como antes, las sucursales de bancos (sin cajeros humanos: sólo automáticos) han dejado de brotar en cada esquina y los pequeños cafés, que antes de la crisis no podían pagar las rentas exorbitantes del boom, hoy sobreviven y agregan carácter. Hasta se han puesto de moda las librerías independientes, y parece haber una en cada barrio. Gopnik quería que Nueva York fuera una ciudad “para gente común y para peregrinos y también para plutócratas”. En 2007, aquella ciudad parecía inimaginable; en 2011, después de tres años de recesión o crecimiento raquí-tico, es un sueño posible.